



HELOISA SEIXAS

Cristal y plomo

TRADUCCIÓN: FELIPE RESTREPO DAVID

ILUSTRACIONES: TOBÍAS DIVAD NAUJ

La mujer observa la copa que tiene entre las manos. La delicadeza del tallo, labrado, abriéndose luego para formar el fino cáliz, surcado por pequeños arabescos. A contra luz, el vino color de sangre no hace más que resaltar la delicadeza de los dibujos trazados en la sustancia transparente.

Y ella piensa en las palabras que escuchó sobre la formación del cristal. Para llegar a él, para obtener su transparencia, casi impalpable, es preciso añadir plomo al vidrio.

Sí. Plomo.

Es el plomo, materia ruda y pesada que, adicionada a la masa de vidrio caliente, le da la maleabilidad necesaria para que esta se transforme en cristal. Manos también rudas, blandiendo garras de hierro, bajo el calor del fuego, harán el resto. Y así, el cristal, con su belleza casi beatífica, no es nada más que la mezcla de plomo, fuerza, sudor, hierro y fuego. Elementos brutales unidos, en un escenario de oscuridad y calor, para componer —mediante un soplo— la forma más delicada del vidrio.

Pensando en eso, la mujer deja la copa sobre la mesa, con una sonrisa triste.

Después, se levanta. Y se encuentra con su propia imagen, reflejada en el espejo que cubre toda la pared de la sala. Los cabellos castaños rizados bajando hasta los hombros, el rostro redondo, los ojos muy abiertos, brillando.



Tal vez haya sido mejor así, piensa. De cierta forma es bueno estar nuevamente sola. El dolor del amor, su viejo conocido, allí está, envolviéndola mansamente. Pero no se siente mal. Sabe que, como las otras veces, saldrá adelante, mucho más fuerte. Las lágrimas son apenas un condimento, la sal de la vida. Gotas poderosas que, como el plomo en el vidrio, crearán nueva materia, llena de belleza renacida.

Camina lento hasta la ventana y mira el paisaje.

A través de los cuadros de vidrio del balcón, el crepúsculo despeja sus colores sobre la laguna, que se desborda en dorados y lilas. Al fondo, en las montañas azuladas, la noche ya llegó, pero las aguas aún guardan mucha luz en su superficie brillante.

Allá están los remadores. Remar, así como pescar, es algo que generalmente se hace en las horas de transición, cuando el día se vuelve noche o viceversa. Hoy los barcos son muchos. Pero —cosa curiosa— hay en cada uno de ellos apenas un remador. Varias soledades sobre el espejo de agua más lindo de Río.

La mujer sonrío otra vez, caminando de regreso hacia el centro de la sala. Se inclina sobre la mesa y recoge la copa, aún con unas gotas de vino. Y, ahora sin quitar los ojos de la propia imagen en el espejo, levanta el cristal finísimo, en un brindis:

—Por el plomo. **U**

